

INTRODUCCIÓN*

José Ignacio Galparsoro y Xabier Insausti

Pensar la filosofía hoy no significa necesariamente proporcionar una respuesta a la pregunta ¿qué es filosofía?, pues caben serias dudas sobre si el mero planteamiento de la pregunta no reduce de entrada las posibilidades de una reflexión sobre el objeto en cuestión. El hecho de plantear la pregunta en estos términos parece presuponer la posibilidad de la existencia de una respuesta unívoca que zanjara de una vez por todas el asunto. Lo que su propia historia viene a demostrar, y el tiempo presente viene a confirmar, es que la filosofía ha sido, es y, podemos aventurar, continuará siendo una cuestión abierta, que se resiste a ser encerrada en una (única) respuesta. Una de las pocas cosas claras en el horizonte actual de la filosofía es que no existe un acuerdo unánime sobre qué sea la filosofía. Y este libro no representa un elemento discordante en este consenso.

La filosofía se ocupa de una serie de problemas (teniendo probablemente más éxito a la hora de plantearlos que de solucionarlos), siendo

* Este trabajo se inscribe en el marco del Proyecto de Investigación EHU07/35, financiado por la Universidad del País Vasco.

precisamente uno de los más acuciantes el relativo a su propio estatuto. Este libro pretende ser una contribución al debate que desde la filosofía se plantea el problema de la filosofía misma. Se trata, pues, de una filosofía de la filosofía, es decir, de lo que en el lenguaje técnico de la academia se viene a denominar «metafilosofía».

El que se tengan serias dudas sobre la posibilidad de proporcionar una definición unívoca de lo que sea la filosofía no significa automáticamente que los filósofos hayan de limitarse a guardar silencio a propósito de esta cuestión que concierne a la disciplina que practican. Al contrario, esta circunstancia es una invitación a la reflexión. Y la mera constatación de la imposibilidad (o, en cualquier caso, de la extrema dificultad) de establecer unos límites perfectamente definidos pone en evidencia una de sus características peculiares: dentro del campo de lo que se considera el saber, la filosofía es, probablemente, la disciplina que tiene unos límites menos precisos. Y ello no es un impedimento para que, todavía hoy, existan personas, como los autores de este libro, que se dediquen a hacer filosofía; más concretamente, que se esfuercen en reflexionar filosóficamente (aunque no tengan muy claro el alcance preciso del método de reflexión al que hace referencia el adverbio) sobre la filosofía (sin que tampoco tengan una mayor claridad sobre los límites de su objeto de reflexión).

De ello se desprende que la filosofía es una disciplina que, a diferencia de otras, lleva consigo la marca de la precariedad, tanto en su método como en su objeto. Pero esta situación de precariedad —que muy probablemente no sea una característica exclusiva de nuestro presente, sino consustancial a la filosofía a lo largo de todo su desarrollo histórico— no hace que los filósofos arrojen la toalla. A pesar de moverse en un terreno tan movedizo y resbaladizo, no cejan en su empeño. Estas dificultades no traen como consecuencia, tal vez frente a lo que cabría esperar, un cierre de filas en la defensa a ultranza de su disciplina. Y no nos referimos a la defensa gremial. Pues si bien es cierto que este gremio es, en lo profesional, tan corporativista como cualquier otro a la hora de defender sus derechos, probablemente no lo sea tanto cuando se trate de caracterizar el estatuto de su propia disciplina. Los filósofos no suelen tener ningún empacho en abordar abiertamente la cuestión de la crisis de la filosofía. Éste es un tema recurrente en sus obras y de él se desprenden diagnósti-

cos y terapias que abarcan todo el espectro de posibilidades lógicas, presentados en forma de propuestas, estrategias, tomas de posición o críticas variopintas. En cualquier caso, no es difícil constatar que una de las características específicas filosofía es su autocuestionamiento, el cual es tan viejo como la filosofía misma. Pero merece ser subrayado el hecho de que a medida que nos acercamos a nuestro presente, este autocuestionamiento se va acelerando vertiginosamente. Aceleración que no es ajena a la historia de los avatares de la filosofía, entendida como disciplina dentro del campo del saber. En efecto, el progresivo desgajamiento de su cuerpo de elementos que antes le pertenecían y de los que, paulatinamente, van a ocuparse otras disciplinas cada vez más especializadas, hace que desde dentro (y también desde fuera de ella) se levante un murmullo cada vez más perceptible que tiende a poner en tela de juicio su utilidad y, como consecuencia de ello, la conveniencia de su subsistencia, por lo que se ha visto compelida a encarar innumerables críticas, no siempre con el acierto que hubiera sido deseable.

A diferencia de lo que ha ocurrido durante una gran parte de su historia, hoy la filosofía ya no está sola en el terreno del saber. La acompañan una gran cantidad de disciplinas —que, dicho sea de paso, no colocan el autocuestionamiento de sus respectivos ámbitos entre sus preocupaciones más acuciantes—, las cuales reclaman para sí mismas una serie de competencias que con anterioridad atañían con exclusividad a la filosofía. Por ello, pensar la filosofía hoy pasa, entre otras cosas, por reflexionar sobre las relaciones que ella establece con los demás campos del saber y, en general, sobre su posición en el terreno de la cultura. Esta cuestión es un denominador común que va a recorrer los diferentes capítulos que componen este libro.

Así, en el primer capítulo, Julián Pachó plantea la cuestión de la pérdida de obvedad histórico-cultural de la filosofía. La filosofía parece haber perdido el papel protagonista que tradicionalmente le había correspondido dentro de la cultura. Esta pérdida sería una consecuencia de las modificaciones —principalmente provocadas por la ciencia moderna y contemporánea— en la forma y en el contenido del conocimiento. Estas modificaciones pondrían de manifiesto un distanciamiento cada vez mayor con respecto a los sistemas filosóficos tradicionales, que resulta muy difícil (si no imposible) de colmar. De ahí las dificultades que encuentra

la filosofía para ocupar un lugar relevante dentro de la cultura, sobre todo frente al avance imparable de las ciencias «duras».

En el segundo capítulo, Vicente Sanfélix da una vuelta de tuerca al planteamiento anterior, al cuestionar no ya sólo el lugar que ocupa la filosofía en relación con las ciencias «duras», sino su posición en el terreno de las humanidades e, incluso, el papel de las propias humanidades en nuestra cultura humanista. El autor se esfuerza en demostrar que, por paradójico que parezca, la decadencia de las humanidades en nuestra cultura se debe precisamente al triunfo del humanismo.

En el tercer capítulo, José Ignacio Galparsoro sostiene que, si la filosofía quiere seguir desempeñando un papel en la cultura, debe abandonar la tentación de encerrarse en sí misma. Y debe, sobre todo, abandonar esa actitud que tiende a establecer una línea divisoria impermeable entre la cultura y la naturaleza. La cultura es parte integrante de la naturaleza, y la filosofía, en cuanto producto cultural, no representa una excepción. Se plantea, pues, considerar la pertinencia de una naturalización de la filosofía, tras la estela de recientes investigaciones proclives a la naturalización de otros ámbitos de la cultura como la religión, la moral o la antropología.

En el cuarto capítulo, Nicanor Ursua, desde una perspectiva recorrida también por el trasfondo de una filosofía naturalizada, lanza su mirada más allá de nuestro presente y plantea la cuestión del papel que la filosofía debe desempeñar en el reto lanzado por la «convergencia de tecnologías» consistente en la apertura de la posibilidad de mejorar las capacidades del ser humano gracias al desarrollo científico-tecnológico.

La obra se completa con tres capítulos dedicados a dar cuenta de las reflexiones que sobre la filosofía efectuaron tres importantes pensadores del periodo contemporáneo como Cassirer, Gadamer o Adorno.

En el quinto capítulo, Luis Garagalza presenta a Cassirer como el autor que pretende ampliar la crítica trascendental kantiana hasta abarcar la totalidad del universo del discurso humano, transformándola en una crítica de la cultura o en una crítica del lenguaje. La intención de Cassirer es elaborar una filosofía de las formas simbólicas, que investigue las condiciones de posibilidad de nuestras interpretaciones, no reduciéndolas a una analítica del saber puro, es decir, al saber lógico-científico. La filosofía reaparece en Cassirer con la tradicional pretensión de ser una interpretación totalizadora, pero

entendida como mediadora que articula los elementos objetivo y subjetivo. La filosofía es para él, en definitiva, el lenguaje de los demás lenguajes, o sea, una filosofía de las formas simbólicas.

En el sexto capítulo, José Ramón Arana hace el esfuerzo de bucear entre la ingente masa de los escritos gadamerianos para mostrarnos que Gadamer no identifica, sin más, hermenéutica y filosofía. La reconstrucción que el autor efectúa de la concepción de la filosofía de Gadamer pasa por el análisis de sus tres dimensiones: como disposición, como saber y como lenguaje. La filosofía, por tanto, es una explicitación intelectual de la problemática de todo hombre, llevada a cabo por decisión moral. No es una construcción de teorías ni de sistemas. Aun subrayando la centralidad de la cuestión del lenguaje en Gadamer, en este capítulo también se insiste en el importante hecho de que la historicidad es para él el elemento central de la filosofía.

En el séptimo y último capítulo, Xabier Insausti presenta la disyuntiva dramática propuesta por Adorno: o la filosofía es crítica o está abocada a su desaparición. Este aspecto crítico es precisamente el que habrían olvidado tanto la llamada «filosofía continental» como la filosofía analítica durante el siglo XX. De los rescoldos de la filosofía crítica parece hoy avivarse una llama en los nuevos filósofos franceses, que ponen en un primer plano la tarea crítica del pensamiento en el marco de una filosofía con un denominador común: el de querer recuperar el substrato naturalista que recorre la historia de la filosofía desde sus comienzos, a veces de modo subterráneo.

Es evidente que todas estas contribuciones no agotan un terreno que muy probablemente sea inagotable. Pretender agotar el tema abordando todas sus dimensiones no es el propósito que ha movido a los editores. Su intención es más modesta: se trata de presentar una serie de enfoques distintos, de modos diversos de pensar y entender la filosofía, pero no de una manera ecléctica o inconexa: estos enfoques están más o menos subterráneamente unidos por el hilo conductor del tema de la relación de la filosofía con las demás disciplinas del saber. Se espera así ofrecer al lector una serie de elementos que le sirvan de información y, al mismo tiempo, de estímulo para participar en una tarea tan apasionante como ineludible en el mundo en que nos ha tocado vivir: pensar la filosofía hoy.